

fuerza del amor». ¡Oh grandeza del amor divino, cómo debía exceder su fineza á la de todas las criaturas! Y así no hay que admirarnos de cosa tan maravillosa como que un Señor infinitamente Sabio, Omnipotente, Dios de los ejércitos, se humille á tener correspondencia tan familiar con los hombres, supuesto que los ama. Lo que es de maravillar es que ame tanto á quien tan poco lo merece.

CAPÍTULO VI

Del Poder de Dios, que acompaña al Dominio debido á su infinita Hermosura. Trátase de la Omnipotencia divina.

I

El imperio que merece la Hermosura divina ha de ser en todo perfecto, y cabal en todas sus partes, como lo es su Hermosura; y como un perfecto Imperio no sólo debe tener grande dominio, sino también grande potencia, ya que hemos dicho de la grandeza del Dominio divino, digamos ahora algo del poder de su Omnipotencia. Por eso David, cuando habló del reino de Dios, no sólo dice que se vistió de hermosura, sino también de fortaleza, juntando la potencia con la beldad y decencia, y así dice ¹: «El Señor reinó, vistió hermosura, vestido está de fortaleza». Y luego trae á la memoria grandes efectos de la Omnipotencia divina, añadiendo: «Estableció la redondez de la tierra», que es argumento de su inmenso Poder. Y otra vez que le celebra por Rey y por Hermoso, le alaba luego de su fortaleza, llamándole muy poderoso, diciendo ²: «Cíñete con tu espada, ¡oh Poderosísimo!» Allégase á esto lo que algunos filósofos dijeron, que la primera Hermosura era madre de todas las cosas, las cuales no pudieron ser sino por la Omnipotencia divina. Favorece lo mismo el dicho de

¹ Psal. 92. ² Psal. 44.

Carneades cuando llamó á la hermosura Reino sin guarda de soldados, por el poder que por sí misma tiene, sin necesidad de fuerza extrínseca. También Sócrates y Platón señalaron por condición de la verdadera hermosura no participar de otra, sino que della participen luz, resplandor y belleza las demás cosas, siendo fuente y manantial dellas, lo cual hace Dios por la grandeza de su Poder, con el cual pudo comunicarse á las criaturas; y así no podemos dejar de tratar deste atributo divino, tan conjunto y propio de la Hermosura de su soberano Sér.

Esta gloria de ser Dios Omnipotente es tan grande, que apenas hay otro renombre de Dios más repetido y celebrado en la Sagrada Escritura, donde á cada paso le dan los Profetas título de Omnipotente; porque así como al sér se sigue el obrar, y el obrar se hace por medio del poder, es fuerza que á un Sér infinito ha de acompañar un infinito Poder, y que una Esencia inmensa tenga una Potencia proporcionada, sin límite ni tasa, y que á una Naturaleza tan admirable como la divina se le llegue un Poder tan maravilloso como es la Omnipotencia; porque sin duda es este divino atributo maravillosísimo y estupendo, así en la substancia como en el modo.

Consideremos primero lo que puede Dios, y después diremos de la manera que lo puede, que es de igual admiración. Todo, pues, cuanto quisiere puede Dios hacer; esto es, cuanto es posible, cuantas fábricas, cuantas especies de naturalezas, cuantos mundos puede el entendimiento humano imaginar, el angélico concebir, y aun el divino conocer. ¿A qué cosas no se extiende nuestro entendimiento? ¿Cuántos pensamientos caben en él de cosas factibles? ¿Qué cosas tan maravillosas no puede concebir? Y mucho más puede un ángel, y más infinitamente Dios: Pues toda esta infinidad se sujeta á su poder; porque con ser su

Sabiduría de tantas maneras infinita, se iguala con ella su Potencia; y tanto cuanto conoce Dios de las criaturas posibles, tanto puede criar, y eso en un momento, porque no ha menester tiempo ninguno para hacer lo que quiere.

II

Por cierto que aunque no pudiera hacer Dios más que este mundo, y más como le hizo de nada, que era para quedar atónitos de tan prodigioso poder; pero con la misma facilidad que hizo este universo pudiera hacer innumerables mundos más grandes y de más excelentes naturalezas, si quisiera. ¿Á quién no pasma tan infinito poder? ¿Quién no se estremece de tan inmensa Majestad? Porque basta para temblar la potencia que muestra en la fábrica de sólo este universo en que estamos. ¿Quién no se maravilla de la grandeza de la tierra, de la anchura del mar, de la región dese aire tan extendida, de la máquina tan grande de los cuerpos celestes, respecto de los cuales la tierra es un punto, aunque en sí tan grande? Pues el elemento del aire, ¿cuán grande será? Pasma es considerar la grandeza de los cielos; porque si las estrellas, que nos parecen tan pequeñas, hay algunas mayores que todo el globo de la tierra más de cien veces doblado, ¿cuál será el mismo cielo donde ellas andan como unas sardinillas en medio del Océano?

Con ser este mundo tan grande y maravilloso, puede hacer Dios otros muchos, no sólo ciendoblado mayores, pero mil y cien mil veces más grandes en el todo y en sus partes, de modo que el sol fuese cien mil veces mayor que el deste mundo, y la luna y la tierra cien mil veces al doble, y los ángeles cien mil doblados más en número, y más llenos de perfección y gracias. ¡Oh grande Dios, qué cosas

tan grandes puedes hacer! Isaías dijo ¹ «que los habitantes de la tierra eran como langostas». Y el Sabio dice ² «que toda la redondez de la tierra es respecto de Dios como una gota de rocío». Por cierto que no es esto encarecimiento, pues no sólo respecto del Criador, sino respecto de otra criatura que puede hacer Dios, no digo la tierra, sino todo este universo, será como una gota de agua; porque puede hacer Dios un mundo tan grande, que en su comparación no sea más todo este universo que un granito de mostaza. Pues si respecto de una criatura de Dios puede ser toda esta máquina de tierra y cielo cosa tan poca, ¿qué será respecto de la inmensidad del mismo Dios? Ni sólo puede hacer Dios mundos mayores que éste, sino diferentes en todo lo demás, con diversa traza, con diversas naturalezas, con diversos elementos.

Pues ¿qué diré de otras cosas que puede el Omnipotente hacer, aunque los entendimientos criados no acabaran de entender que eran posibles, como es la unión hipostática, milagro de milagros, prodigio de prodigios, y pasmo de pasmos? Porque, ¿á qué más puede llegar el poder de Dios que á hacerse Dios hombre, y á una criatura humana que sea Dios? Esta obra no alcanzaban los Serafines que fuese posible; pero ejecutó la Omnipotencia divina de hecho lo que el entender criado no pudo conocer factible. Tampoco podía el entendimiento humano alcanzar ni entender cómo el fuego corporal puede atormentar á una substancia espiritual; cómo puede un cuerpo estar con el modo con que está un espíritu invisible, incorporeal é indivisiblemente, como está el cuerpo de Cristo en el Santísimo Sacramento. De suerte que puede Dios á todos los cielos, la tierra y la mar, poner en tanto espacio como es la punta de un alfiler. Al contrario, puede Dios multiplicar tanto la presen-

1 Isai., 40.

2 Sap., 11.

cia de un cuerpo, por mínimo que sea, que con una sola hormiga puede henchir cielos y tierra, y de un solo hombre formar grandes ejércitos. Más puede hacer Dios que pensar nuestro entendimiento que se puede hacer, y excede con la perfección de su poder al concepto de nuestro imaginar.

Ni es menor el poder de Dios para deshacer, que lo es para hacer: porque á todo este universo, que hizo tan firme, y tan estable, que ha más de cinco mil años que dura, le puede resolver, no digo en polvo, sino en nada en un momento; porque más fácil le fuera á Dios aniquilar cielos y tierra, que á un hombre le es respirar; y en un Ave María pudiera á millones de mundos más grandes que este hacerlos y deshacerlos cien mil veces; y con ser los espíritus angélicos naturalezas inmortales, con un soplo pudiera aniquilar á todos, aunque son millares de millares, y criar otros de nuevo. Humillémonos á tan grande Potencia: entendamos que no nos ha menester Dios, pues en un momento nos puede deshacer y criar otros que le alaben. Humillémonos á quien puede tanto: porque si sólo por su poder respetamos á los Príncipes y Reyes, aunque ellos han menester á los vasallos, ¿por qué no hemos de reverenciar y ponernos á los pies de su Omnipotencia, no teniendo Él necesidad de nosotros, y teniéndola nosotros extrema dél?

III

El modo del poder divino es también de estupenda maravilla: porque ni ha menester tiempo para hacer, porque en un momento puede criar infinitas especies de criaturas é infinitos cielos, ni ha menester poner trabajo alguno, por lo cual dice Isaiás ¹: «El señor que crió los términos de la

¹ Isai., 40.

tierra, no desmayará, ni trabajará», después de tantos mil años que ha que la sustenta con tres dedos. Ni tiene necesidad de ayuda; y así dice el mismo Dios ¹: «Yo soy el Señor que hago todas las cosas, el que extiende los cielos solo, el que establece la tierra, y ninguno está conmigo». Tampoco ha menester usar de instrumento, porque sin más que querer hace todo; y así figuraban á Dios los antiguos sin manos ni pies, en forma de una piedra cuadrada; porque ni ha menester pies ni manos para hacer lo que quiere, pues con sólo querer hará estremecer todo el mundo; ni tiene necesidad de materia, pues de nada puede hacer cuanto quiere. Bien admiró Teodoreto esta maravilla de no tener Dios necesidad de nada para obrar; al contrario de los hombres que están necesitados de otros para sus personas y para sus obras; y así dice ²: «Todos los artífices tienen igual necesidad del tejedor, del zapatero y el sastre; y éstos mismos tienen necesidad de los labradores para el sustento y abrigo del cuerpo; y éstos del carpintero y del herrero que les hagan instrumentos á propósito; pero Dios no tiene necesidad alguna ni ha menester instrumentos ni materias, sino que lo que para otro artífice es instrumento, y materia, y tiempo, y trabajo, y arte, y diligencia, todo esto es para Dios su sola voluntad». El obrar sin materia es una tan grande maravilla, que no alcanzaron los filósofos cómo podía ser. Con lo cual no se puede estrechar el Poder divino; porque así como un arquitecto, si no tuviese necesidad de materiales, ni gastase tiempo, ni pusiese trabajo, pudiera edificar más y más casas sin término ni medida, también por no tener Dios necesidad de materia puede hacer infinitos mundos; y muestra ser su poder infinito, porque tanto es menester más poder para hacer una cosa, cuanto menos hay della; pues cuanto más lejos está

¹ Isai., 44. ² Teod., lib. 4. *De Grac. affect. cur.*

de ser, más necesidad tiene de potencia para hacerse; y como lo que es nada diste del ser cuanto se puede distar, ha menester una omnipotencia para llegar á ser. ¡Oh riquezas de Dios inagotables, pues tiene por sus tesoros á la misma nada, de donde puede dar cuanto quisiere y hacer lo que quisiere, sin disminuirse nada de su poder ni de su tener! ¿Cuán rico fuera el que, no teniendo nada, tuviese siempre que dar, sirviéndole la misma nada de recámara y de tesoro? Á este no le podía faltar cosa, pues de la misma nada sacaba todas las cosas. Este rico es únicamente Dios, cuyo poder tiene llaves para descerrajar las cavernas profundas y el abismo del no ser, y sacar de allí, no sólo diamantes y esmeraldas, pero las estrellas y planetas; no sólo oro y plata, sino los mismos cielos; y siempre sus tesoros le quedan en la misma nada llenos. Siempre tiene que sacar de allí; siempre tiene que dar; siempre tiene que hacer; siempre tiene que poder. ¡Extraña maravilla, que de nada puede hacer un cuerpo tan grande como el sol, que tantas veces es de mayor grandeza que la tierra, y sin añadirle materia criada, pudiera de lo que le sobra en la nada, aumentarle de manera que fuese mayor que todo este mundo! Hacer de muy poco mucho, es gran maravilla; hacerlo de nada, ¿qué será? Si todo este mundo se hubiera hecho de no mayor materia que un garbanzo, fuera cosa de pasmo; pues haberse hecho de nada, ¿cuánta maravilla es? Por cierto más maravillosa cosa es poder hacer de nada un mosquito, que hacer un mundo de materia que estuviese ya hecha; y si hubiese un poder que de los elementos hiciese estrellas, y otro poder que de nada pudiese hacer sólo una arenita del mar, mayor fuera este poder, más maravilloso y raro; pero en el Poder divino todo se junta, que de nada puede hacer lo que quisiere, y unas cosas las puede convertir en otras, y dar de nuevo las formas que quisiere.

También resplandece gran potencia de Dios, no sólo en que puede hacer cosas tan grandes de nada, sino en la multitud dellas, porque las puede hacer todas á un mismo tiempo, y sustentarlas de por junto, sin embarazarse con unas por sustentar á otras. Grande poder es el que celebra de Dios el Profeta Isaías cuando, admirado, dice: «¿Quién es el que tiene colgada de tres dedos la grandeza de la tierra?» Por cierto, grande poder es este; pero juntamente pudiera criar millones de mundos mayores que éste mil veces, y todos tuviera suspensos y colgados de su omnipotente brazo, sin torcérselo ni inclinarle el peso de todos ellos; y esto todo lo puede sustentar sin cansarse jamás, no sólo por cien mil años, sino por toda una eternidad; y de hecho tendrá en el cielo, glorificando eternamente á tanta multitud de bienaventurados, ángeles y hombres, y tendrá encerrados en el infierno al innumerable número de condenados, donde serán atormentados años, y siglos, y eternidades enteras, sin ablandarse jamás el azote de la justicia divina.

IV

¡Oh gran poder de Dios, oh Dios Omnipotente y justísimo! ¿Quién no te temerá, pues puedes dar las penas cuan grandes quieres, y puedes continuarlas cuanto quieres, y quieres por tu gran justicia que sean para siempre? Temamos á este gran Señor, que es tan poderoso en ejecutar y tan justo en condenar. No nos espante el poder de los hombres, no la violencia de los tiranos, no la potencia de los príncipes, sino la Omnipotencia divina. Tomemos el consejo saludable que nos da el Salvador del mundo¹: «Avísos, amigos míos, que no os espantéis de los que

¹ Luc., 12.

matan el cuerpo y después no tienen más que hacer. Yo os mostraré á quien habéis de temer; temed á aquel que, después de haber muerto á uno, tiene poder para echarle en el infierno. De verdad os digo que á éste temáis. ¿Cuán loco fuera el que temiera á un hombre que no tuviese más armas que un alfiler en la mano, y no temiese á uno que estuviese con una espada aguda y cargado de pistolas? No se podía imaginar mayor locura, si por temor de no ser picado con un alfiler, agraviase uno al que estaba armado con tan acicalado acero y tantas bocas de fuego. Esto hace quien por respetos del mundo y temores humanos ofende á Dios; porque teme á los hombres, que no le pueden hacer mal de consideración, aunque le quiten la vida, y no teme á su Criador, que puede condenarle eternamente.

Mira que le sobra poder para hundirte, rayos tiene sobrados para ti, la tierra está pronta para vengar sus injurias cuando se lo mandare, y tragarse vivo al pecador; las estrellas se caerán de golpe para desmenuzar á quien ofendió á tan buen Señor, con sólo que sea su voluntad; pero el gran poder de Dios es que no ha menester ministros tan violentos, no ha menester tan gran poder para mostrar su Poder; con instrumentos muy flacos hará cuanto quiere; con un pelo, con un hilo, con un granito de uva, puede castigar sus agravios quitando la vida á quien quiere, como ha sucedido á algunos. Con blandura y suavidad puede mostrar su Omnipotencia.

V

Reconozcamos, pues, la Omnipotencia divina y temblemos de su Majestad. Agrademos á quien puede premiar sus servicios y castigar sus agravios. Temamos sólo al que puede todo, al que nos puede hacer más mal que todos.

Fuera de que, temiendo á Dios, podemos estar seguros de las demás criaturas, porque su poder puede enfrenar todo otro poder, no digo humano, sino de las potestades infernales, que no se pueden menear si Él no lo permite; y así, debemos tener gran satisfacción en que es Omnipotente el Señor á quien servimos; que nadie nos podrá hacer daño si Él no quiere, y no quiere si no es para mayor provecho nuestro. Pues á este gran Señor debemos temer, y á Él sólo. Debémosle temer, porque ninguno nos puede hacer tan grande mal como Él, cuando está enojado; y á Él sólo debemos temer, porque nadie nos podrá hacer mal cuando le tenemos contento. Tiene poder para hacer Él lo que quiere, y para que ningún otro haga lo que quiere, sino lo que fuere gusto suyo. Por este tan inmenso Poder de Dios, no sólo es para temer, sino también para consolar mucho. Por lo cual dijo Hierocles¹: «Conviene que la naturaleza divina sea horrenda por su forma y saludable por su mansedumbre». No sólo usa Dios de su Omnipotencia para aterrar y castigar, sino para consolar y premiar; y sin duda son incomparablemente mayores las obras de su piedad y mansedumbre, que las de rigor y justicia. ¿Qué comparación puede haber con la obra de la Encarnación? Mayor omnipotencia mostró Dios en ella sola que en cuantas obras de severidad y castigo ha ejecutado en los pecadores. ¿Pues qué diré en la institución del Santísimo Sacramento, y tantos géneros de prodigios y maravillas como en esta obra maravillosísima se encierran, faltando allí la substancia de pan y de vino, hasta la materia primera, cosa que jamás se ha visto en el mundo semejante, sustentándose los accidentes sin substancia ni sujeto, sino estando por sí contra su misma naturaleza, poniéndose en lugar de la substancia del pan el Cuerpo de nuestro Re-

1 Arist., orat. in *Prelag. Ægeum*.

dentor, y esto con un modo espiritual y admirable, estando todo en todas partes de la Hostia y esto totalmente, sin dependencia en las unas partes de las otras, ni del todo? Modo tan admirable y prodigioso de estar, que no se ha visto ni se verá otro semejante en la naturaleza. Pues la obra de la justificación é infusión de la gracia, ¿de cuánto poder es? Por cierto mayor que la creación del mundo, según San Agustín y Santo Tomás; pues por ella se eleva el alma sobre toda la naturaleza. También la obra de la glorificación es de suma omnipotencia, y en ella se eleva el entendimiento criado á ver cómo es en sí el Criador. No tiene comparación con la más mínima destas obras los mayores castigos de Dios, ni las plagas de Egipto, ni el diluvio de todo el universo, ni el incendio de Pentápolis, ni las penas todas del infierno se pueden comparar, en razón de omnipotencia, con la bienaventuranza que tendrá el alma del justo. Pues para padecer un espíritu no es menester la elevación que es necesaria para que vea y goce de Dios, y para esto le elevan á un grado sobrenatural y divino. ¡Oh inmenso Dios, cómo echo de ver que si vuestra naturaleza divina es de una omnipotencia horrenda para castigar, la tiene estupenda para premiar! Si vuestra Justicia aterra, vuestra Misericordia pasma; si vuestro rigor amedrenta, vuestra benignidad consuela; y aunque temo el rigor, espero vuestro favor; vuestra omnipotencia me encoge para que no os ofenda y disguste, y me alienta para que os sirva y reverencie, pues sois igualmente bueno y poderoso. Todo podéis hacer, y así no quedará el ayudarme por flaqueza. Espero en vuestra Bondad; consuélome con vuestra Omnipotencia, que podrá cumplir lo que vuestra Bondad me promete.

CAPÍTULO VII

Cómo la gracia que, según Aristóteles, acompaña á la hermosura, se halla en Dios. Trátase de la Misericordia divina.

I

Los filósofos que tratan del bien de la Hermosura celebran mucho la gracia que ordinariamente la acompaña, y es como vida de la misma hermosura, que en romance suelen también algunos llamar gallardía ó buen aire. En qué consista esta gracia hubo antiguamente grande controversia entre muchos filósofos académicos y los peripatéticos, porque Platón no dió distinción bastante entre una y otra; y así decían que eran una misma cosa la hermosura y la gracia, aunque significada con dos nombres; y suponiendo que una y otra estaba en Dios, decían que eran unos resplandores de la soberanía de Dios, unos rayos del Sol divino, que resplandecían en las cosas criadas. Por lo cual dijo Platón ¹ que quien admira y ama alguna cosa agraciada y hermosa, no la reverencia á ella, sino á Dios en ella. Mas Aristóteles no juzgó que eran una misma cosa, sino diversas, como lo dió á entender en el libro cuarto de los Morales, que dedicó á su hijo Nicómacho, donde pone distinción entre lo gracioso y lo hermoso ²; porque unas personas hay agraciadas que no llegan á ser hermosas: y así parece que es, que hay algunos que se dice tienen gracia, pero no hermosura. Esta misma distinción suponen los Poetas antiguos, que no fueron poco sabios, y así distinguieron de Venus á las Gracias, que era la diosa de la hermosura; pero diéronse las por compañeras, dando á entender que no eran una misma cosa, sino distintas; pero que estaban por la mayor

¹ Plat., apud Pícolo., *De instr. virt. grad.* 8, c. 37.

² Arist., in 4 Mor. Nicomac., c. 3.